De divas y trenes...

Nostálgica visión de don Jesús C. Romero

Gastón Olea Coria

♦♦♦

Se acerca la culminación de una época: muy pronto, varios de nosotros podremos decir que somos seres nacidos en otro siglo y que nos dirigimos al futuro con cautela, decisión y esperanza. El ritmo frenético de la vida se impone: nuevas costumbres, nueva tecnología... el arte se transforma, los transportes también, y cada vez son menos los privilegiados capaces de contemplar un paisaje, de gozar con el simple sonido del agua o con una noche de luna llena. Mucho menos llevar su existencia sin estar esclavizados por el tiempo y los cronómetros digitales... todos sentimos cómo las 24 horas del día parecen ser el principio y el fin de toda una vida, y sin embargo no nos alcanzan para cumplir con los objetivos que nos imponemos.



Qué lejos se ven aquellos viajes de muchas horas en ferrocarril, en los que frecuentemente no se llegaba muy a tiempo, pero se conocía mejor a los compañeros de viaje...

Antes, como ahora, las giras artísticas existían, y también las grandes estrellas y los ídolos. La música como arte esencial, y la ópera como forma predilecta en la segunda mitad del siglo XIX y principios del XX. Este escrito pretende recrear los comentarios de un ilustre musicólogo con respecto a la visita exitosa de dos cantantes: una de origen italiano y la otra mexicana, ejemplar y legendaria.

Don Jesús C. Romero, amante del arte y quizá el mejor historiador de la música mexicana, se caracterizó por ser gran polemista y sobre todo buen nacionalista. Entre varios trabajos importantes, legó a la literatura musical las conclusiones de sus *Cuatro siglos de efemérides musicales mexicanas*, así como un diccionario bibliográfico de músicos mexicanos.

Hasta poco antes de su muerte, acaecida en septiembre de 1958, fue también prolífico articulista en importantes publicaciones especializadas, destacando varios trabajos redactados para el Carnet Musical, revista mensual de la añeja radiodifusora XELA, Buena música en México. De sus escritos rescato estas nostálgicas descripciones con sabor ferroviario y lírico:

Adelina Patti en México, enero 11 de 1890

Se inauguró entonces una temporada de ópera italiana de la compañía de Abbey-Grau, la que traía como figura central a la famosísima Adelina Patti, quien había estado en México, por primera vez, cuatro años antes: del 31 de diciembre de 1886 al 6 de enero de 1887.

Como el recuerdo de la diva era extraordinario en el público mexicano, el anuncio de sus futuras actuaciones causó sensación y arrastró a los aficionados a dejar sin boletos las taquillas muy tempranamente.

En la noche del 10 de enero de 1890, la Patti llegó a México por la estación del Ferrocarril Central de Buenavista, en tren especial formado por seis coches, procedente de Norteamérica. El coche central, de gran lujo, era el suyo personal, en el que había, además de la alcoba y el baño, un cuarto de estudio, con piano, sala y escritorio. Los otros cinco coches eran ocupados por una enorme compañía de 180 personas entre cantantes, bailarines, músicos y equipo técnico.

La estación estaba a rebosar de gente que esperaba a la artista, y de dos bandas militares de música destinadas a saludarla afectuosamente; cruzó el andén que llenaba la multitud que la aclamaba, ocupó lujoso landó cuyos cocheros vestían librea y se dirigió al *Hotel del Jardín*, en la calle de la Independencia, el más elegante; ocupó los cuartos 32, 33 y 34, en uno de los cuales estaba un piano *Steinway*.

El 11 de enero, la compañía se presentó en el Teatro Nacional con *Semiramis*; al día siguiente cantaron *Gugliemo Tell* y después *Aída*, *Lucía*, *Trovatore*, *Otello*, *Sonámbula*, *Ugonotti* y *Barbiere*. De la función del día 21, la Patti cedió sus honorarios en pro del Hospicio de Niños Pobres y de la Casa Amiga de la Obrera, una acción no registrada antes en México, por lo que el 26, la artista entregó a doña Carmen Romero Rubio de Díaz, esposa del presidente de la república, un cheque por la cantidad de 4 600 pesos (si recordamos el valor de nuestra moneda de entonces, que representaba 2 300 dólares, la suma donada y su enorme poder adquisitivo, reconoceremos que la donación fue espléndida).

Finalmente, el lunes 3 de febrero, Adelina Patti y compañía abandonaron la capital a bordo del magnífico tren especial, con destino a Estados Unidos...

El segundo regreso triunfal de Ángela Peralta, abril 28 de 1871

Cuando en febrero de 1861 la Peralta salió del país para ir a Milán a perfeccionarse, el gobierno republicano de Juárez regía los destinos de la patria; pero en aquella ciudad del norte de Italia, se guardaba entonces rencor a los archiduques de Austria Fernando Maximiliano y Carlota Amalia, como gobernantes intrusos durante cerca de dos lustros.

El primer regreso al país de Ángela Peralta fue en noviembre de 1865; entró a México el día 20, recibida como una reina, porque el público deseaba expresar que la estimaba más que a la emperatriz; aún los monárquicos así pensaban, ya que preferían ver de reina a una mexicana, que por ser de su raza no los discriminaría, que a una rubia que por ser europea los miraba como hijos de país conquistado.

La cantante no fue indiferente al ejemplo de patriotismo dado por todo Milán, y al venir a México a cantar al Teatro Imperial, aunque Maximiliano la nombró *Cantarina de Cámara* de la Corte Imperial, dio muestra pública de su amor a México, en Guadalajara y en Veracruz. Al caer Maximiliano, y restablecida la república sobre las ruinas imperiales de Que-

rétaro y de Sedán, tuvo lugar el segundo retorno de la Peralta.

El 28 de abril de 1871 la cantante desembarcó en Veracruz y el 30 abordó el inconcluso Ferrocarril Mexicano rumbo a la capital. Cabe recordar que el 16 de septiembre de 1869 se inauguró el Ferrocarril Mexicano a Puebla, vía Apizaco, y el tramo de México a Veracruz el 1 de enero de 1873.

El 2 de mayo la empresa del ferrocarril puso un vagón a disposición de la Benemérita Sociedad Filarmónica Mexicana, de la que era la Peralta socia distinguida, para que su numerosa comisión se trasladara a Apizaco a recibir y agasajar a la artista. Al llegar el tren al risueño paradero, Ángela se precipitó en brazos de su madre que iba en la comitiva y cubrió de apasionados besos a su joven hermana Elena. La escena no podría ser más conmovedora. Inmediatamente después se hizo presente la comisión Filarmónica, y el doctor don Alfredo Bablot, funcionario de la misma, expresó con emoción manifiesta:

> Ángela, en su pecho de artista se hermanan dos bellos sentimientos, dos joyas que engalanan a las almas nobles: la gratitud y el amor a la tierra natal. ¡Saludamos en usted, la mujer de corazón a la gran cantatriz y a la buena mexicana!

El conductor del tren, que presenciaba el homenaje, esperó el término de la ceremonia para rogar a los pasajeros que ocuparan sus asientos y enseguida partió el convoy con rumbo a la ciudad de México.

La Estación de Buenavista lucía pletórica con la gente que había acudido a recibir cariñosamente al *Ruiseñor mexicano*; estaban allí presentes los representantes de todas las clases sociales de México, quienes daban así testimonio irrefutable de su cariño a la eminente artista que había sabido llevar en alto el prestigio de la patria victoriosa; todos la aclamaban y unían en sus gritos frenéticos el nombre de la Peralta al de México.

El día 6, cuando se presentó en el Teatro Nacional cantando *Sonámbula*, las alumnas del conservatorio le pusieron una corona de laurel, mientras una de ellas, Ángela Franco, recitó una composición que se repartió impresa entre la concurrencia, firmada con las iniciales J. S. (en efecto, eran líneas escritas por don Justo Sierra).

¡Ah, qué tiempos, señor don Simón!, como dice la conocida frase. Tiempos de rieles y durmientes... de estaciones pintorescas, caballeros, damas y sana cursilería. Tiempos en que brillaron estas mujeres, embajadoras del arte lírico, junto con otras dedicadas a la ejecución de instrumentos musicales variados.

Así, este vigésimo periodo está culminando y ha sido testigo de la trascendencia de numerosas divas y virtuosas musicales. Imposible olvidar a Giuseppina Strepponi, inseparable compañera de Verdi, Kristan Flagstad, Renata Tebaldi, Victoria de los Ángeles, Montserrat Caballé, María Callas, Cecilia Bartoli o Jessye Norman, y entre las instrumentistas a nuestra Angélica Morales, Cecylia Arzewski, Nadja Salerno-Sonnenberg, la clavecinista Wanda Landowska o las orientales Midori y Kyung Wha Chung, entre otras. Tantas, que resultaría imposible enumerarlas sin tener en mente la confección de un diccionario especializado y la erudición de maestros eminentes como don Jesús C. Romero. No obstante, resulta curioso observar que, salvo muy honrosas excepciones, especialmente en el terreno de la música popular, la mujer no ha explorado el terreno de la composición como lo ha hecho en materia de interpretación. Al parecer, ha convenido mundialmente y no es fácil que se pongan de acuerdo en que esta actividad es un privilegio casi exclusivo del género masculino.



Habrá que ver qué sucede en el nuevo siglo...♦